







# SECCION DE ANUNCIOS.

**FABRICA DE NAIPES**

**Y LITOGRAFIA**

DE

**J. DONATO CUMIA**

**Naipes de todas clases. -- Precios desde 8 á 30 rs. docena.**

**Perfeccion y economia en toda clase de trabajos litográficos, en negro y colores.**

**VIUDA DE CONRADO GARCÍA,**

**PIANOS.**

Deseosa esta antigua y acreditada casa de sostener dignamente el crédito y la confianza que se la viene dispensando, y con el fin de corresponder á tan distinguidas deferencias, tiene hoy la satisfaccion de poder ofrecer al inteligente público filarmónico una lucida y variada coleccion de pianos nacionales y extranjeros, de especial nota, entre los que figuran como notables por su incomparable fabricacion, los de *Raynard y Maseras*, conocidos por «los Erard españoles» y *Kaps* de Dresde (Alemania) célebres en el mundo artístico por su resonador.

Los hay á cuerdas cruzadas, oblicuas y verticales de siete octavas con cuadro completo de hierro fundido, cinco barras de id. clavijero chapeado de metal, mueble palo-santo ó madera negra imitando á ébano.

**Pianos á cilindro.**

Garantía completa, precios económicos, ventas al contado y á plazos convencionales, cambios, alquileres, afinaciones y embalajes.

Representacion exclusiva de varias fabricas españolas y alemanas, en esta capital y su provincia: Viuda de Conrado Garcia, Paseo de Valencia número 36, Pamplona.

— 546 —

— ¡Cierta clase de venenos! Peréceme Jehú, que debe ser todo lo contrario.

— No importa, á los intereses de nuestra compañía conviene que así lo digais.

— ¡Ah! si conviene á nuestros intereses yo soy muy leal, como socio, y jamás hare nada que nos perjudique; decidme, si os place, á qué clase de veneno finjis mezclar ese ingrediente; para corroborar enteramente nuestra industria.

— A los venenos lentos, que matan infaliblemente, pero que matan al cabo de muchos días.

— Ya entiendo: una sustancia letal, activa, mezclada en cierta dosis con sustancias inocentes que vienen á producir una enfermedad comun, un ataque de nervios, por ejemplo...

— Esa, esa misma.

— Y vos quereis que si la Reina me pregunta como se hace esta bebida, le conteste yo... ¡Pues! Entiendo. Podeis estar tranquilo; ahora, sin embargo, tengo yo que imponeros otra condicion.

— ¡Cómo! quereis tal vez que partamos mis diamantes?

— No, amigo mio, exclamó Jimeno sonriendo: no os asustéis de tan poca cosa, nosotros no partiremos vuestros diamantes, sino los míos. Mi condicion es otra: en lugar de ese liquido que suministráis á la Reina, le habeis de dar este otro que tengo aqui preparado.

Y diciendo estas razones sacó Jimeno de su colrecoito de ébano, un frasco que contenia cierto liquido blanquisimo.

El judío lo tomó en sus manos, lo aplicó á la nariz y exclamó:

— Esto es amoniaco liquido.

— Justamente.

— El contraveneno de....

— Justamente.

— Pero entonces, la Reina no conseguirá lo que desea.

— Justamente, repitió Jimeno encogiendo de hombros.

— Y yo perderé mi reputacion, mi valimiento con ella.

— 547 —

— Y si no haceis lo que os mando, repuso Jimeno con terrible calma, perdereis los diamantes de la Reina, perdereis los míos, y luego perdereis la vida.

— Bien está, bien está; seréis obedecido; respondió Jehú temblando.

— Hasta la noche, pues.

— Hasta la noche.

— ¡Ah! se me olvidaba, añadió Jimeno; devolvedme ese pomo: vos debeis tener esa preparacion en vuestro laboratorio.

El anciano de venerable barba y grave continente partióse con pasos vacilantes y agitado el cuerpo por un estremecimiento nervioso, que se redoblaba cuando á su fantasía asaltaban estas tres imágenes: los diamantes de la Reina, los del caballero; el peligro de su propia existencia.

— ¡Oh! No hay duda, exclamó Jimeno apenas Jehú desapareció: todo lo sé, todo lo he descubierto. Este ha sido mi principal objeto. Ahora la libertad. ¡Cumplirá el judío sus promesas? No estoy seguro.... y por otra parte, faltan muchas horas para la noche.... y entre tanto.... ¡Era preciso ver al conde de Lerin!

En aquel momento se oyó una especie de canticio, y un sonido metálico hacia la ventana.

Era el centinela que estaba paseandose por la parte de afuera, y que, sin duda por casualidad, tropezó en la reja con la punta de la pica que llevaba al hombro.

— ¡Si yo pudiese ganar á este hombre! decía el caballero. ¡Si pudiese inspirarme bastante confianza para que llevase al conde un aviso!...

La pica del centinela volvió á chocar otra vez contra la reja, y un soldado, envuelto en un ropón de lana burda con capucha, se acercó á la ventana, mirando con precaucion al interior del aposento.

Parecióle á Jimeno que aquel hombre no se asomaba por curiosidad unicamente, y que tenia intencion de decirle